

ESTÉTICA Y EDUCACIÓN: ENTREVISTA A HUGO MONTES Y ERNESTO LIVACIC

En momentos en que el debate sobre la Educación nuevamente alcanza notoriedad, con motivo de la reforma anunciada este año por el gobierno, surge la inquietante pregunta sobre la real dimensión que debe tener en el escenario de las políticas educacionales la educación artística, un área históricamente relegada a un segundo plano.

Por tal motivo, *Aisthesis* decidió consultar la autorizada opinión de dos maestros y escritores que se han destacado en la promoción de los valores artísticos: Hugo Montes y Ernesto Livacic. Ambos galardonados con el Premio Nacional de Educación, en 1993 y 1995 respectivamente.

La enseñanza del arte, el lugar que debe ocupar en los planes y programas; el papel que cumple en la formación de niños o adolescentes y, en general, la relación entre Estética y Educación, son los principales puntos sobre los cuales se han referido los académicos Montes y Livacic.

I. HUGO MONTES B.

Normalmente en un colegio hay dos horas semanales de Educación Musical y otras dos de Artes Plásticas. Cabe añadir que en Castellano se suele dedicar atención a las artes literarias, especialmente a la poesía y a la narración. Como actividades extraprogramáticas, a menudo, hay talleres de teatro y/o de coros.

O sea, de hecho se consultan espacios de tiempo en Educación Básica y en Educación Media para que los alumnos se vinculen con el mundo del arte, incluso –según los casos– para realizar algunas tareas creativas. Depende en gran manera del profesor el que estos espacios sean bien aprovechados. A menudo lastimosamente el aprovechamiento es débil: faltan estímulos y exigencias de parte de la dirección, no siempre los profesores tienen entusiasmo por su quehacer, quizás también carecen de mayor preparación.

Sin embargo, cabe decir en términos generales que las mencionadas asignaturas tienen mayor relieve que antes, cuando eran consideradas dentro de un grupo C, ciertamente de menos importancia que las Matemáticas, el Castellano o las Ciencias Sociales.

De hecho son muy numerosos los alumnos que se interesan por tocar algún instrumento (casi siempre flauta dulce y guitarra), por integrar conjuntos dramáticos o por participar en talleres literarios. Por lo mismo, es penoso que estos intereses no sean mayormente desarrollados ni orientados en forma institucional.

La dimensión artística debería ser fundamental en la educación de los niños y los adolescentes. La contemplación de las obras de arte valiosas afinaría su sensibilidad, despertaría intereses ideales, haría desarrollarse la imaginación, permitiría *vivir* mundos que van más allá del entorno material inmediato. En suma, llevaría a valores que el alumno necesita para su crecimiento armonioso. Sin la vivencia del arte, la persona se priva de gozos legítimos, queda roma en el espíritu y se dedicará, a manera de sustitutos, a excitaciones artificiales a menudo dañinas. No es sólo cuestión de mayor cultura, sino sobre todo de ser más, de vivir en plenitud, de asomarse a realidades distintas de las cotidianas.

Hace falta llegar a esto. Las escuelas, a menudo, *enseñan* lo artístico, es decir, instruyen y dan datos acerca de obras y autores; pero no *educan*, no conducen al interior, no acercan obra y persona, no producen esa chispa que proviene del encuentro de los espíritus, el de quien contempla y el del creador.

Esto requiere *tiempo*, que no hay que confundir con horas de clase. Se trata de una suerte de tiempo interior que puede darse en el aula o fuera de ella.

Hay que visitar museos y asistir a recitales o exposiciones y representaciones dramáticas, hay que leer sin prisa y comentar y recrear libros de poemas, hay que escuchar cuentos. . No es una visión utópica; y aunque lo fuera, porque es cierto aquello de que *sin sueño no se logra nada*.

Más todavía. Será necesario organizar exposiciones de lo realizado en la clase de Artes, ensayar representaciones teatrales y aceptar las invitaciones que al respecto se reciban de otros liceos. Después de cada viaje de estudio, los cursos podrían exponer lo visto, a través de textos expresivos, de fotografías seleccionadas, de descripciones geográficas, históricas, etc.

En otras palabras, el colegio tendría que ser una entidad acogedora y productora de arte, del que se hizo en el pasado y tiene la categoría de *obras de arte* y del que se continúa haciendo en la actualidad.

Creemos que la mera contemplación de la obra artística valiosa ya es educativa. Importa tener confianza en la eficacia que la obra de arte posee en los espíritus sensibles que van a ella con buena voluntad. El profesor debería limitarse a facilitar esta contemplación cuidando de no opacarla con comentarios baladíes, con erudición externa innecesaria, con introducciones obvias. Basten las indicaciones mínimas de autoría y cronología, de modo que lo más sea el juego de contemplador y obra contemplada.

No se tema presentar a los alumnos lo mejor, lo definitivamente valioso. A veces se piensa que hay que ir de a poco iniciando a los jóvenes en el arte con productos menores, de *fácil* captación. Se corre el riesgo de deformar el gusto y de no llegar nunca a lo que realmente tiene valía.

Si se estima la creatividad, tendremos alumnos con una mayor autoestima, con seguridad en ellos mismos: alumnos que aprovecharán adecuadamente su actual tiempo libre. Esto último cuenta de modo particular para después, cuando sean adultos y puedan y deban servirse bien del tiempo que les dejen sus ocupaciones profesionales.

Ciertamente hoy se lee menos que antes. Se lee poco: además, con excesiva prisa, más por cumplir una exigencia escolar que por iniciativa propia.

¿Causas? Muchas: alto precio de los libros (aquí la justa crítica al IVA). Competencia de la TV, cierta superficialidad generalizada en mucha gente joven, quizás una inadecuada enseñanza de las letras en los colegios y liceos.

Hay que revertir esta situación, atacando las causas que la produjeron. Hay que dar libertad –dentro de ciertos límites– a los jóvenes para escoger sus lecturas. Los padres de familia deberían hacer regalos de libros a los hijos, en sus cumpleaños, para Navidad, etc. La TV debería dejar más espacios relativos a la literatura, de modo que en vez de ser un instrumento competitivo lo fuera de ayuda al lector.

El Fondo Nacional del Libro debería incrementarse, para que así mejoraren los Premios Literarios, se acogieran más proyectos fomentadores de la lectura y se enriquecieran las bibliotecas públicas.

No deberíamos olvidar a los autores clásicos y su lectura podría combinarse con la de escritores contemporáneos. Pero una suerte de *columna vertebral* sigue haciendo falta. Para nosotros inevitablemente esa columna pasa por los grandes clásicos del idioma: *El Poema del Cid*, Jorge Manrique, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Cervantes, el *Lazarillo de Tormes*, San Juan de la Cruz, Bécquer, algo del '98 y de la generación del '27. Ojalá, sobre todo en las horas electivas, se ahonde a los clásicos universales, desde Homero hasta Dostoievski, sin imponerlos pero motivando su lectura.

De los autores chilenos no deberíamos olvidar a Ercilla, Blest Gana, Huidobro, Neruda, la Mistral, Parra, Pedro Prado, Manuel Rojas. Hay otros nombres valiosos como Marta Brunet, María Luisa Bombal, José Donoso, Jorge Edwards, Arteche, Guillermo Blanco.

II. ERNESTO LIVACIC G.

¿Cómo ve usted el papel de la educación por el arte en nuestros planes de educación?

Corresponde a la educación por el arte un papel imprescindible en la formación integral del educando, en armonía y equilibrio con la educación por las humanidades y la educación por la ciencia.

Le compete especialmente, mientras estas dos últimas enfatizan lo intelectual y lo cognoscitivo, contribuir al desarrollo de la sensibilidad estética, al disfrute y a la expresión artísticos, al contacto vivencial con los valores, y, por estas vías, al más pleno descubrimiento de sí mismo y del mundo, al ejercicio de la criticidad y de la creatividad, a un crecimiento personal y social más feliz y consciente.

¿Se da, en su opinión, un espacio para la formación artística y estética en los planes y programas de educación formal?

Lamentablemente, la formación artística y estética esta muy lejos de tener, en los planes y programas comunes de nuestra educación formal, un espacio condigno al papel que para ella hemos recordado.

No es que esté ausente, pero su presencia es bastante precaria, a menudo lateral y dependiente. La Literatura forma parte, con otras disciplinas, de la asignatura de Castellano, y no tiene lugar en los programas de idiomas extranjeros. Existen, con pocas horas semanales, los ramos de Artes Plásticas y de Música, en ciertos períodos como mínimos, en otros como electivos (lo que implica la exclusión de uno de los dos). En el primero de ellos, hay algún desarrollo del Dibujo, de ciertas actividades artesanales, muy poco de la pintura. A la arquitectura y a la escultura casi no se dedican más que algunas alusiones ocasionales dentro de la asignatura de Historia o Ciencias Sociales. La danza y el cine carecen por completo de espacio.

A lo anterior, habría que agregar el enfoque que se da a tales contenidos. Es frecuente que sean fuertemente tratados en los planos informativo y conceptual o teórico. Más bien raramente se orienta al educando para ser un receptor atento, activo y crítico de las manifestaciones artísticas, para gozarlas y asimilarlas, y mucho más raramente aún se lo invita e incentiva a expresarse artísticamente. En esto, incluso, se advierten retrocesos, como la virtual desaparición de los trabajos de composición en la asignatura de Castellano.

Consecuentemente, se produce la paradoja de que un niño o joven con talentos artísticos, o con vocación de creador o de ejecutante, deba buscar fuera de la educación regular las instancias para desarrollarlos, en circunstancias de que ello debería constituir preocupación de los establecimientos comunes dentro de un concepto de educación integral.

Lo precedente se ve paliado por el hecho de existir algunas *escuelas artísticas* dentro de nuestro sistema educacional formal, pero ellas no llegan a veinte reconocidas como tales en todo el país por el Ministerio de Educación, y también por las actividades optativas de formación artística que ofrecen algunos de los establecimientos de Educación Media en ciertos niveles.

¿En qué reside la importancia de la educación artística para el individuo y para la sociedad contemporánea?

Nuestra respuesta está en alguna manera ya anticipada por lo dicho al atender la primera pregunta. Sin una suficiente y adecuada educación artística, la persona se resiente en su unidad y en su armonía, queda en cierto modo incompleta y desaparece en su crecimiento, propensa al sesgo de visiones unilaterales, pragmáticas, en definitiva menos humanas. Esto, que de suyo sería grave en cualesquiera circunstancias, parece serlo especialmente en la sociedad contemporánea, con sus ingredientes de estandarización, funcionalidad, masificación, competitividad, consumismo, inmediatez, rutinaria. Desde la perspectiva del arte integrado vitalmente a la propia existencia, surge un sentido nuevo, más rico, de la vida, no sólo en la dimensión del individuo, sino también en el sentido de su inserción en la sociedad: de sus valores y actitudes hacia los demás, de su comportamiento frente al medio y al desarrollo, de su apertura a lo trascendente.

¿Cuáles serían para usted las lecturas esenciales por realizarse en la escuela?

No quisiera tanto proponer una lista de títulos, sino unos pocos criterios básicos.

En primer lugar, las lecturas que se hagan han de estar en correspondencia con los intereses de los educandos, los cuales —obviamente— van experimentando variaciones en la medida en que crecen y evolucionan. Ello implica la conveniencia de que haya un importante margen de libertad y de naturalidad en sus lecturas.

Me parece muy importante que la lectura se asuma como actividad placentera y desde edad temprana, para que así se haga hábito. En tal marco, llegará —sin forzarlo— el momento del contacto con las grandes obras clásicas, imprescindible para recibir el mensaje del talento y de la sensibilidad de los escritores culminantes en la Literatura Universal: los permanentes, los clásicos.

¿Podría proporcionarnos la lista de los clásicos chilenos que nadie debería ignorar?

Lo más probable es que la lista varíe un tanto según quien la proponga. Con todo, personalmente creo que en ella no podrían faltar *La Araucana*, la *Histórica relación* del P. Ovalle, el *Cautiverio feliz*, un par de novelas de Blest Gana (entre *Martín Rivas*, *Durante la reconquista* y *El loco Estero*), los *Recuerdos del pasado*, de Pérez Rosa-

les, los cuentos de Lillo, *Juana Lucero* de D'Halmar, *Alsino* de Prado, *Hijo de ladrón* (la mejor novela chilena de todos los tiempos), *Gran señor y rajadiablos* de Barrios, *La amortajada* de María Luisa Bombal, Heiremans con por lo menos una de sus obras dramáticas, los poemarios de nuestros grandes astros líricos: Gabriela Mistral (también con algo de su prosa), Neruda, Huidobro, Parra. . . No es poco, ya debo haber nombrado unos veinte, y no necesariamente estoy excluyendo otros, como el gran Oscar Castro (verso y narrativa). Son así, en gran parte de los casos, obras cuya lectura no habría que precipitar. Requieren lectores de cierta madurez como tales, quizás –más que por su edad– por su familiaridad con los libros y por su potencialidad de disfrute y de interpretación de los mismos.

¿Qué aportan al proceso educativo la educación formal y la informal?

En términos muy globales, la educación formal atiende –o pretende atender– la formación general de niños (en Básica) y de jóvenes (en Media), lo cual –recordémoslo una vez más– no puede limitarse a lo meramente intelectual y cognoscitivo. Está pensada, más bien, para lo que tradicionalmente se llamaba “la población en edad escolar” Desde hace algunas décadas, sin embargo, hay también educación formal, en los niveles Básico y Medio, para adultos, cuyo grado de desarrollo condiciona –obviamente– que se introduzcan algunas variantes respecto de lo dicho, con cierto mayor énfasis en la “recuperación de oportunidades” y en objetivos más inmediatos, algo más vinculados a lo laboral.

La educación informal, en cambio, tiene una cobertura más diversificada de usuarios, con propósitos más específicos y considerable flexibilidad. Se suele dirigir a grupos de motivaciones (necesidades o intereses) compartidas.

En este sentido –si la pregunta se refiere más expresamente al tema de la educación artística–, la educación formal se ha mostrado más versátil que la informal para acoger a personas con inquietudes estéticas, y lo ha hecho llegando a miles de interesados, con esfuerzo y constancia muy plausibles, sorteando muchas veces grandes dificultades y limitaciones.

Las *escuelas artísticas* reconocidas procuran combinar las metas de formación general, propias de su condición de establecimientos formales, con la atención a las necesidades e intereses personales, de hecho más característica de la educación informal.

¿Cómo enseñar a leer hoy?

Entiendo que la pregunta no se refiere a cómo enseñar la mecánica o la técnica de la lectura –*el silabario*–, actividad respecto de la cual no puedo dejar de manifestar mi admiración hacia quienes la ejercen, sino a cómo formar lectores conscientes y aprovechados.

Es muy amplia, por cierto, y sólo indicaré algunos aspectos. Considero indispensable volver a otorgar vigencia al libro como estímulo físico, presente en los hogares (donde cada vez es más escaso) y en las escuelas (donde la biblioteca debería ser importantísima), cercano al niño y al joven, incitante.

Se requiere también del ejemplo: padres y adultos lectores en la familia, momentos dedicados a la lectura de todos en los centros educacionales.

En ese contexto invitador, se promoverá naturalmente la formación de nuevos lectores.

Es preciso respetar la pertinencia objetiva y el interés subjetivo de sus lecturas, a que ya me referí. Ni siquiera pensaría inicialmente en una selección cualitativa de las lecturas, por su valor estético. El primer logro es que *contraigan el hábito*. Alcanzado eso, el gusto y la capacidad de elegir mejores lecturas irán aflorando y afianzándose connatural, oportuna y gradualmente.

Estimo recomendable entrar en interacción con los noveles lectores, compartiendo con ellos el comentario de sus experiencias como tales. Esta interacción debería promover su recepción sensible, emotiva, estética, y su adecuada comprensión, evitando –o retardando lo más posible– los enfoques técnicos especializados. Hacer que el libro **hable** al lector: ha sido escrito primariamente para comunicarle contenidos, valores, sentimientos, belleza, no para que lo analice *científicamente*. Por lo mismo, sería deseable que la lectura no apareciera tanto como un deber lectivo y evaluado, sino como una actividad gozosamente asumida en la línea del crecimiento personal.

Habrá que escoger, también, con mucha delicadeza el momento de insinuar medidas tan positivas como la de leer en compañía y con ayuda de un diccionario, lo que presupone ya cierta voluntad de disciplina.

Se trata, en suma, de alentar el placer y a la vez la necesidad interior de leer cada día algunas páginas o algunos minutos, no de matar vocaciones lectoras mediante exigencias intempestivas, aun cuando ellas sean relativas a esfuerzos muy valiosos cuando los adopta un lector en sazón.

¿Percibe usted un cambio en el interés por la lectura, desde cuando empezó a enseñar hasta ahora?

Por cierto, y tal cambio implica, lamentablemente, una disminución en la lectura por parte del promedio de la población. Mi respuesta ni siquiera sorprenderá, pues son clarísimos en tal sentido los resultados de encuestas realizadas durante los últimos quince años por organismos especializados y competentes.

¿Causas?, se ha apuntado a muchas: escaso acceso al libro por costo y por infradotación de bibliotecas, irrupción de la cultura de la imagen, etc. Personalmen-

te, considero muy significativa la alarmante pérdida de la capacidad de silencio y concentración, por obra del actual ritmo de vida, tan agitado, tan superficial, tan saturado de estímulos inmediatistas. El silencio y la concentración son indispensables para sumergirnos en el mundo que nos ofrece el libro, para recorrerlo y gustarlo, para dejarnos atrapar por él.

Las consecuencias son múltiples y serias: deterioro cultural, adocenamiento mental y estético, abismante reducción del léxico y –por ende– de la capacidad de comunicarnos, laxitud de la aptitud valorativa y crítica. Estas y otras que podría enumerar constituyen lesiones graves a la salud espiritual de la persona y de la comunidad.

Por eso, afirmo la necesidad permanente de iniciativas que promuevan el hábito lector. Este no se adquiere cuando adulto, sino cuando niño o joven, por lo cual el papel de los educadores (en la familia y en la escuela) es fundamental.

¿Podría referirse a una experiencia estética personal que usted haya sentido como profundamente educativa?

Precisamente, la lectura de algunas obras señeras: *La luz de la montaña*, de Claude, traducida por el P. Hurtado; el *Cantar de Mio Cid*, el *Quijote*, *La vida es sueño*; más tarde, novelas que sugieren una reflexión sobre América, como las de Carpentier, García Márquez, Posse; entremedio, también algunas que son más de ideas que de propósito estético, como *Humanismo integral* de Maritain.

Fueron profundamente educativas en un doble plano: por una parte, constituyeron apoyos significativos de mi formación personal, inspiradores de criterios y valores que he asumido muy en hondura, motivadores de muchas propuestas que presenté a mis educandos; por otra parte, fueron obras muy fecundas, incluso entusiasmantes, para jóvenes a quienes enseñé, transmitiéndoles mi adhesión a ellas. Sé –lo digo con modestia, pero con alegría– que muchos de ellos, que a su vez son ahora profesores, prosiguen reeditando con sus educandos la misma experiencia.

Ello confirma que el buen libro vale como obra de arte y, a la vez, como guía de vida e instancia de encuentro.